

Norte «capelán» (*Mallotus villosus*), y que acude á dichas costas con idéntico objeto, es decir, para desovar, y el otro es un caracol llamado de tinta. El capelán viene á servir de alimento exclusivo á los bacalaos, y el caracol acude cuando el otro se retira, como si tuviese la misión de reemplazar á aquél para dejarse comer por los mismos peces.

En la época de la freza es cuando se pesca el abadejo, operación en extremo productiva á causa de la insaciable voracidad de este animal, que traga ó por lo menos muerde toda lo que le parece poder coger, hasta cosas completamente indigeribles con tal que exciten su atención, como por ejemplo objetos brillantes ó de colores vivos. En el Báltico se presenta la variedad «Dorsch» en todos los puntos donde hay arenques, pero á falta de éstos llena su estómago hasta reventar de gasterósteos, conchas, moluscos desnudos, cangrejos, fucos y otras algas, y como es natural tampoco respeta su propia prole.

Para la pesca se usan redes en las costas noruegas, pero en todos los demás puntos sedales de mano y de fondo, que se emplean también en las Loffoden junto con aquéllas. Los sedales de fondo van atados á veces hasta en número de mil doscientos á una recia cuerda que se echa al fondo, donde se la sujeta con anclas á propósito. Cada seis horas se saca, se quitan los peces cogidos, se ceban los anzuelos de nuevo y se vuelve á echar al fondo. En los intervalos se ocupan los pescadores en echar sedales de mano, uno en cada mano, los sacan rápidamente cuando sienten la sacudida y los vuelven á arrojar de nuevo sin perder un momento. Atendido el número incalculable de peces, no es raro que cada uno de los tripulantes de un bote coja diariamente de tres á cuatrocientos. Mientras que adelanta esta pesca se hace lo propio en otros puntos respecto del «capelán» y del caracol de tinta, que se emplean á manera de cebo como en otras partes el arenque, y á falta de unos y otros se emplean los intestinos de los mismos abadejos cogidos.

Luego de pescados, empieza la preparación de los abadejos. Primero se separan las cabezas, que se arrojan en tinas ó barriles especiales, luego se destripan y se abren de una sola cuchillada en dos mitades longitudinales, á veces también en cuatro pencas. Los hígados se reúnen por separado en un barril y las huevas en otro; el resto de los intestinos se corta en pedazos para emplearlos oportunamente como cebo. Durante la gran pesca de invierno se preparan sólo pez-palos, por lo menos en las Loffoden. A este fin lleva cada buque un gran número de horquillas y perchas para suplir con ellas los andamios perennes, siempre insuficientes, establecidos en tierra. Allí se cuelgan los abadejos, partidos hasta la cola y lavados previamente con agua de mar para hacerlos secar, al aire libre en las islas y en algunas otras partes debajo de tinglados. Esta operación requiere tiempo, tanto que cuando la temperatura no es muy favorable se ven las perchas cargadas hasta el mes de julio. Sólo cuando el pescado está completamente seco, se forman haces y se almacena en pilas tan altas como casas. Cuando la pesca es sumamente productiva, y se pueblan rápidamente todos los andamios, se preparan los últimos abadejos de un modo semejante al que conocemos nosotros, es decir, salados y secos. A este fin se les abre á lo largo del espinazo, se les sala durante algunos días en tinas grandes y se extienden sobre las rocas para ponerlos á secar, dándoles otra capa de sal si es menester. Si hay abundancia de barriles, se pone una partida en salmuera, colocando los peces partidos en capas alternadas con otras de sal, y cuando las vasijas están llenas, se cierran. Muchos comerciantes rusos de Arkángel no dejan ningún año de visitar las pesquerías noruegas y finlandesas para comprar estos y otros peces, contentándose con colocarlos sin más preparativo en la bodega mis-

ma, alternando las capas de ellos con sal y apisonándolas con sus pesadas botas de agua.

En Noruega se utilizan las cabezas casi exclusivamente para alimento del ganado; los hígados se reúnen, concluída ya la pesca, en grandes cubas ó tinas que, con gran sentimiento de las personas venidas de países más meridionales, cuyos nervios olfatorios son siempre más delicados, se colocan con frecuencia tranquilamente en las calles y plazas de las poblaciones, donde despiden un hedor insoporable luego que entran en putrefacción. Allí los tienen aguardando que suelten y suba á la superficie el aceite grasiento que contienen, y que separan á medida que se reúne, para colarlo y guardarlo en barriles distintos, según su calidad. Se com-

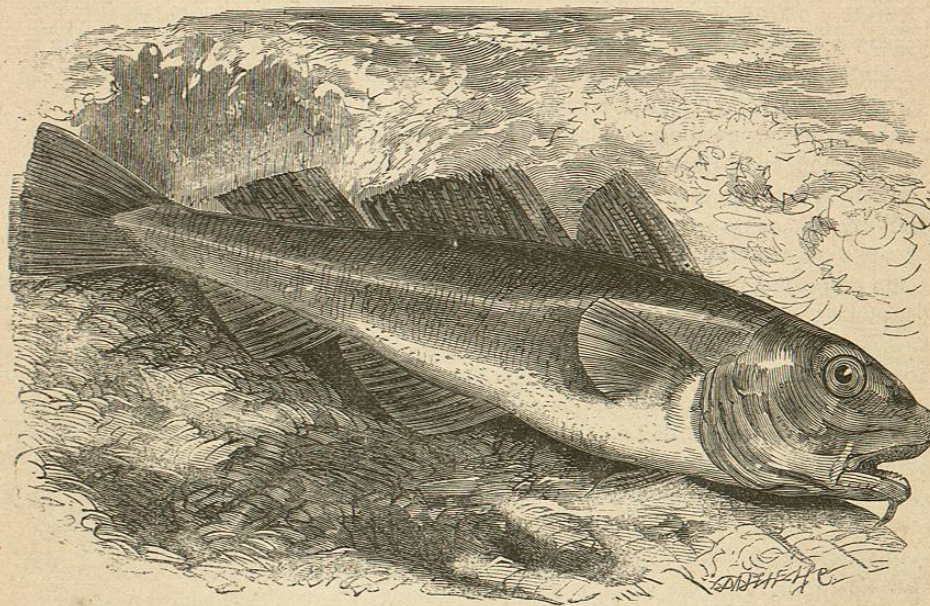


Fig. 940. — Abadejo común.

prende que la mejor clase es aquella que se recoge á los pocos días de haberse declarado la descomposición, y la peor la que se saca al final por la cocción.

Pasado el tiempo de la pesca principal se sigue pescando en las Loffoden en menor escala, y entonces se preparan los abadejos, ya de un modo, ya de otro, según el estado de la atmósfera. Excuso añadir detalles relativos á la pesca en el banco de Terranova, ya que tanto ésta como la preparación de los peces se hace allí siguiendo á poca diferencia los mismos métodos que acabo de describir.

En el año 1861 estuvieron ocupados en las Loffoden más de veinte mil hombres, que tripulaban unas cinco mil embarcaciones y cogieron y prepararon más de nueve millones de pez-palo (bacalao secado al sol), é igual número entre bacalao salado, seco y en salmuera, consumiendo durante la temporada para su propio alimento un millón de abadejos frescos. En el año 1877 ascendió el total de la cosecha á veinticinco millones. Según Cornsk, producía la pesca en Terranova á principios de este siglo más de trescientos millones de peces, sin contar cien millones que se cogían en el golfo de San Lorenzo.



El anón (*Gadus aeglephinus*) es otra especie de bacalao, que habita en todo el mar del Norte, acostumbra reunirse también en inmensos bancos y parece vivir en constante emigración; porque, así como los cuadrúpedos en tierra, arrasa completamente una parte determinada del fondo del mar, devorando todos los mariscos de que se alimenta y ahuyentando los peces pequeños que también le sirven de pasto, lo cual le obliga á pasar luego á otra parte. En las costas de Frisia se presenta en los meses de marzo, abril y mayo, acaso hasta principios de julio, desapareciendo después, sin duda para pasar la estación calurosa en aguas más frescas á una profundidad mayor de veinte brazas, para reaparecer á principios de octubre en los mismos sitios que habitaba antes y donde continúa hasta enero. Por lo general no se acerca á la costa á menor distancia de cuatro ó cinco leguas marinas; pero en febrero y marzo, que es su época de desove, acude á las mismas riberas, en cuyas aguas le cogen en gran cantidad. Jamás falta este pez en ninguna pescadería de la Alemania del Norte, de Holanda, Noruega, Inglaterra y del Nordeste de Francia, y para la industria pesquera alemana no hay otro que tenga tanta importancia. Verdad es que los pescadores de las costas del mar del Norte se quejan de su constante disminución, comparando el producto de hoy con el de otros tiempos; mas á pesar de esto se expiden todavía anualmente sólo del puerto de Emden unos doscientos mil kilogramos de este abadejo, que vienen á representar un valor de unos setenta y cinco mil marcos; y si los pescadores alemanes se quejan de la notable disminución en este ramo, será porque se permite á las embarcaciones inglesas pescar en sus aguas.

También se emplean sedales de mano y de fondo en el mar del Norte para la pesca del anón, y redes de jorro alguna que otra vez. En el mar de Groenlandia la pesca es más fácil, pues dicen que allí basta hacer agujeros en el hielo para coger estos peces, que no tardan en acudir para respirar en agua más saturada de aire que la de debajo del hielo. La carne del anón es blanca, gruesa, de gusto agradable y de fácil digestión, lo que hace que se la prefiera en todas partes á la del abadejo, alcanzando el kilogramo sin dificultad el precio de veinte á cuarenta céntimos de marco. No se presta tan bien como el abadejo á ser transformado en pez-palo, pero sí á la salazón.

La merluza (*Merluccius vulgaris*), pez conocidísimo en las costas españolas, es uno de los más abundantes y de mayor importancia para la pesca en el Mediterráneo, si bien frecuente igualmente el Atlántico á lo largo de las costas europeas y las aguas británicas y escandinavas.

Desde enero hasta abril, que es la época de su reproducción, suele permanecer en el fondo del mar y no da casi señal alguna de su extraordinaria voracidad, á lo menos muerde raras veces el anzuelo y sólo puede ser pescado con redes de jorro; mientras que en la temporada en que las sardinas se acercan á las costas, las persigue y devora grandes cantidades de ellas, siendo cosa muy frecuente encontrar merluzas en las trañas y tonairas. Couch sacó una vez diez y siete de estos clúpeos del estómago de una merluza de tamaño regular. Su fuerza digestiva guarda la debida relación con su desmesurada voracidad, acostumbrando por otra parte á arrojar las presas recién tragadas, cuando se cree en peligro, para poder escapar con mayor ligereza; de este modo se explica la carencia de toda materia en el estómago de centenares de estos peces pescados con anzuelo.

Tiene considerable importancia la pesca de la merluza, gracias á lo delicado y sabroso de su carne, aunque no posea esta última cualidad en tan alto grado como otras especies de la misma familia. En el Norte suelen salarla y secarla como el aba-

dejo, siendo de bastante consideración las cantidades que así preparadas vienen á nuestros mercados. En las costas del Mediodía de Francia es también costumbre envolver las merluzas acabadas de pescar en ciertas plantas odoríferas, creyendo de este modo comunicar más sabor á su carne.

Pocas especies de la familia de los gádidos tienen una zona de dispersión tan extensa como la lota común (*Lota vulgaris*), pues habita todos los ríos y lagos de Europa y Asia centrales, y hasta se la encuentra en las aguas dulces de la India. Frecuenta por lo común aguas de mucha superficie y profundidad, en los lagos las que pasan de treinta á cuarenta brazas, y sólo permanece en corrientes de poca anchura cuando le pueden ofrecer esta última circunstancia. En la Gran Bretaña no es de los peces más abundantes, pero en el Alto Rhin y en el Danubio encuéntrase en todas partes. Según Tschudi, aparece en Suiza en aguas situadas á más de 1.200 pies de altura sobre el nivel del mar.

Como ya hemos dicho en el párrafo anterior, la lota sólo fija su morada en aguas de bastante profundidad y con preferencia en fondos de lagos que alcancen de treinta á cuarenta brazas á lo menos; otra condición que necesita es que el agua sea clara, y por eso abunda más en las comarcas montañosas que en las llanuras. De día suele permanecer escondida debajo de las piedras ú otros objetos que se encuentren en el agua. «Si se levanta, dice Schinz, una de estas piedras con cautela, la lota permanece un momento inmóvil, pero salta luego con la velocidad del rayo y se oculta debajo de otra piedra ó en el limo. Los individuos adultos permanecen en los fondos, pero los jóvenes en las aguas más bajas cerca de la orilla. Por la noche abandona la lota su sitio de reposo y recorre en todos sentidos las aguas que habita, siendo muy voraz y el terror de los peces más pequeños, sin exceptuar los de su propia especie. En los estanques suelen los cautivos, si no se les proporciona suficiente alimento, devorar los más fuertes á los más débiles.»

La época de la freza se fija de distinto modo por unos y otros autores, oscilando entre los meses de noviembre y marzo; debemos, pues, suponer que varía aquélla de estación según la localidad y la mayor ó menor elevación de la temperatura. Tan poco sociables como se muestran estos peces comúnmente, reúnen, sin embargo, en tropel para el acto de la reproducción, á veces hasta cien individuos, entrelazando sus cuerpos como anguilas y formando un informe ovillo, á manera de las víboras en iguales circunstancias. Es muy probable que el apareamiento sea de una duración relativamente extraordinaria; á lo menos la observación hecha por Steinbuch, poco conocida hasta que Siebold la hubo publicado recientemente, ofrece motivo para esta creencia. Refiere este naturalista que habiendo pescado con el garabato lo que él pensaba ser una lota, en el Brintz, cerca de Heidenheim, se encontró con dos peces de esta especie unidos íntimamente á lo largo de sus respectivas regiones abdominales, formando una sola masa. Examinándolos más de cerca, descubrió una especie de cordón ó faja en forma de anillo que enlazaba tan estrechamente ambos peces por el centro del cuerpo, que era imposible separarlos; las superficies inferiores de ambos peces estaban tan comprimidas una contra otra por medio del citado cordón, que el todo tenía una configuración casi completamente cilíndrica. Por fin, haciendo escurrir, con toda precaución para no estropearlo, el anillo ó cordón hacia las colas, consiguió á fuerza de paciencia desprenderlo de los dos cuerpos, que conservaban las señales de su compresión.

Calcúlase en 130.000 huevos aproximadamente el producto de cada hembra; con todo, la reproducción no parece ser considerable.

Los pleuronéctidos se presentan en mayor número de especies y de individuos



en los mares de las zonas templadas, sin que por esto falten en la tórrida. Todas las especies de esta familia, á excepción del hipogloso común, prefieren para morada sitios arenosos ó cuando menos aquellos cuyo fondo no está cubierto de un fango semilíquido y profundo. Algunas, entre ellas el lenguado y la platija salpicada, buscan las desembocaduras de los ríos, y la última emprendé á veces, desafiando la corriente, viajes bastante largos ríos arriba, penetrando en el interior del continente, pues estos peces tan perezosos no dejan de ser muy aficionados á viajar; circunstancia que ha llamado poco la atención á causa de la abundancia extraordinaria de estos peces en el mar, donde los pescadores los observan con preferencia.

Todos los pleuronéctidos tienen idénticos usos y costumbres, y todos se mueven de la misma manera, pues hasta ahora nada se ha observado que lo contradiga. Yacen inmóviles en el fondo en que habitan, más ó menos cubiertos de arena, dejando sólo los ojos fuera de ella, hasta que les hace salir de su posición una presa ó algún animal terrible para ellos. Es de ver la rapidez con que se hunden en la arena, haciendo un movimiento ondulatorio con sus aletas dorsales y anal. Para salir y sacudir la arena les basta un movimiento único, pero vigoroso, y una vez fuera progresa este pez ondulando siempre las dos aletas principales, así como la robusta caudal, y manteniéndose con el costado principal hacia arriba. Para sus movimientos repentinos se vale de la cola, que es su principal aparato motor, y se guía después con las otras dos aletas principales, atravesando el agua como una saeta.

Es muy divertido observar una platija medio hundida en la arena y moviendo sus ojos sin cesar, bien diferentes en esto de los demás peces, que los tienen inmóviles. A esto se agrega que un ojo es casi siempre mayor que el otro, su coloración viva, con cierta expresión inteligente y astuta, y que no solamente el animal los mueve á su voluntad dentro de la órbita, sino que puede también hacerlos salir y entrar como lo hacen las ranas, moviéndolos en todas direcciones: los protege un verdadero párpado ó membrana conjuntiva muy desarrollada. Los ojos son en rigor todo lo que se ve cuando el pez se oculta entre la arena, porque la coloración del costado superior se adapta á la del fondo del agua, como el color del pelaje de la liebre al del campo labrado y el plumaje de la perdiz de las nieves al color de las laderas alpinas; con la diferencia de que el color de la platija no cambia, como el de esta última, dos veces al año, sino siempre que muda de sitio. Todo lo que nos complacemos en atribuir erróneamente al camaleón, es en la platija realidad. Si se echa por ejemplo sobre fondo arenoso, se ve cómo cambia su color y dibujo hasta que se adapta á él; el color amarillo sale y el oscuro desaparece. Si después se traslada el pez, como sucede con frecuencia en los acuarios reducidos, á otro sitio que tenga el fondo de cascajo granítico gris, se verá que el color del costado de los ojos se transforma en el del cascajo; la platija, rombo ó lenguado, antes amarillos, vuelven á ser de color gris. No desaparece totalmente en estos cambios el carácter de la coloración, pero sí varía, y no hay observador que no se convenza desde luego de que en esta familia el color es de poca importancia.

Todas las platijas son animales rapaces, y las especies grandes además tan atrevidas que hasta atacan á peces del tamaño del abadejo; las pequeñas, que han de contentarse con diferentes especies de cangrejos, conchas y gusanos, son por lo menos excesivamente voraces. En cuanto á ferocidad y rapacidad, compiten las especies pequeñas con las grandes: todas persiguen lo que creen poder rendir, aunque sean individuos de su propia especie, porque entre los pescadores noruegos es cosa admitida y fuera de toda duda que las lesiones que muchos pleuronéctidos

presentan tan á menudo en sus costados y región caudal, son causadas por sus compañeros de mayor talla. Hasta los enemigos más terribles de esta familia, las lobas marinas y las focas, encuentran en ella individuos que saben tomar venganza de la destrucción que causan entre los suyos; el hipogloso común es en particular un perseguidor encarnizado de las focas, cuyo género de vida se parece tanto al suyo.

La reproducción de los pleuronéctidos tiene lugar en distintos meses, pero en general cae en la estación más bonancible, es decir, en la primavera y principios de verano, á saber: para el hipogloso común y lenguado en los meses de mayo á julio; para el rombo y rodaballo, de marzo á mayo; para la platija común y la salpicada, de enero á junio. En estas épocas ocupan los ovarios en las hembras casi toda la

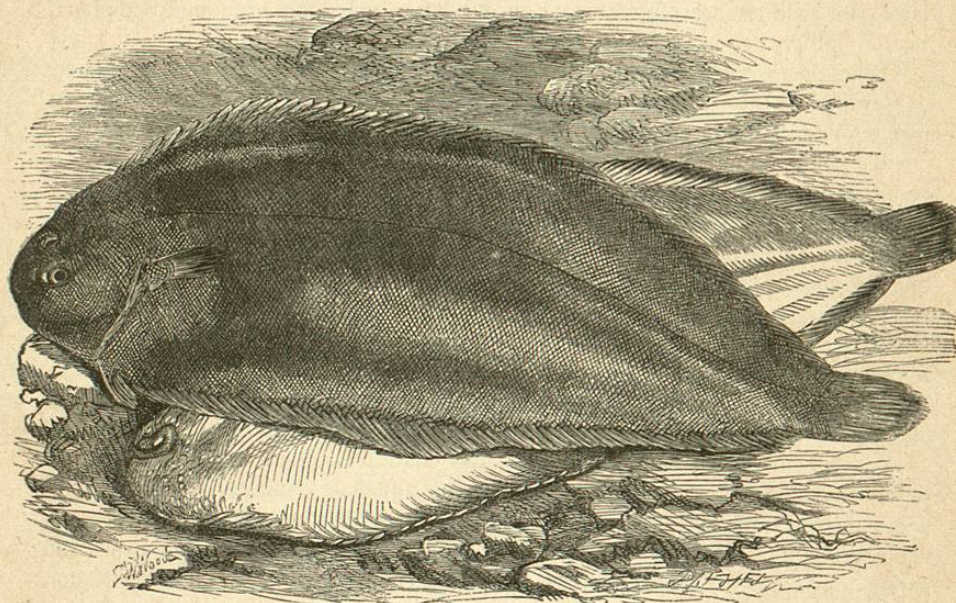


Fig. 941. — Lenguado común.

cavidad del cuerpo, y en los testículos de los machos apenas si cabe el líquido seminal. Depositán la freza en el fondo que habitan en aquel momento, y por lo tanto con preferencia en la arena, pero en caso necesario también entre hierbas marinas y aun en las mallas de redes tendidas perennemente. Cuando acaba el verano se ven los pequeñuelos durante la marea baja, porque perezosos como sus progenitores, prefieren á menudo hundirse en la arena y esperar la marea alta á volver con la baja para buscar aguas profundas.

La importancia de los pleuronéctidos, sean lenguados (*Solea*), rodaballos (*Rhombus*) ó platijas (*Platessa*), para la economía humana es grandísima. La carne de todas las especies es fina, la de algunas exquisita, con la ventaja de que se conserva algunos días sin corromperse, lo que permite expedir estos peces á largas distancias. Casi en todas las costas se comen frescos, pero en los países muy septentrionales, donde lo que se recoge en verano constituye el alimento de todo el año, se curan las platijas mayores cortándolas en tiras, que se salan, se secan al aire como el pez palo ó se ahuman.



Los escomberesócidos se caracterizan principalmente por su cuerpo anguiliforme, y en particular una de sus especies, el orfio (*Belone acus*). Este pez, común en el Mediterráneo, suele presentarse en las costas europeas junto con las caballas, por cuya razón se le toma por su guía y en muchas partes se le da un nombre alusivo á esta creencia. Se presenta en mayor ó menor número, según la localidad; suele acudir á la costa en bandadas numerosas, nada cerca de la superficie con gran rapidez, á manera de las culebras, y se divierte dando repetidos saltos muy particulares, porque sale del agua verticalmente y vuelve á caer del mismo modo con la cola hacia abajo. Todo objeto que flota delante de él excita su curiosidad ó su ira. Couch dice que á veces juega largo rato con una paja que encuentra, y Seoane refiere el caso de que uno de estos peces clavara su hocico puntiagudo con tanta violencia y tan profundamente en una barca pescadora, que murió de resultas del golpe.

Estos peces no perdonan ningún ser viviente que puedan engullir, aunque sea con mucho trabajo. En general no se tragan la presa en seguida, sino que procuran, teniéndola fuertemente cogida, devorarla gradualmente, pues aunque no les es posible partirla á mordiscos, se arreglan sin embargo para desmenuzarla, según se ve en los cebos, que destrozan á menudo completamente. Los esfuerzos que hacen para desprenderse cuando han mordido el anzuelo, les obligan á arrojar todo lo que tienen en el estómago, gracias á lo cual se ha sabido que devoran peces pequeños, como por ejemplo gasterósteos. Carecemos de datos exactos sobre su reproducción, que se verifica á fines de primavera.

El escomberesocio lagarto (*Scomberesox saurus*) es pez viajero, porque rara vez, ó mejor dicho, nunca, se le ve antes del mes de julio en el Canal de la Mancha, donde se le pesca á millares desde este mes hasta otoño. Nada á cierta profundidad, es muy sociable y se le ve á menudo en bandadas numerosas. Interesantísimo es el espectáculo que ofrecen estas bandadas cuando las acosa la lija ó el atún y el bonito, más listos, movedizos y porfiados que aquéllas; entonces despliega el escomberesocio toda su destreza; todos acuden á la superficie, oprimiéndose entre sí llenos de la mayor angustia, y huyendo á porfía saltan uno tras otro fuera del agua para ganar la delantera á los que les preceden, vuelven á caer y á confundirse con ellos, y así van repitiendo estos saltos; pero como todos sus compañeros se hallan poseídos del mismo pavor, y obedecen á igual instinto y procuran adelantar camino á fuerza de saltos y brincos, resulta una confusión indescriptible, sobre todo cuando el peligro llega á su apogeo, y todos se deslizan más bien por la superficie que por dentro del agua. Al fin llega el enemigo voraz, y, cansado de la persecución, procura adelantarlos haciendo un esfuerzo supremo para cruzar la bandada atacándola de flanco, cuando de repente todos desaparecen en la profundidad; pero entre tanta multitud siempre hay algunos que quedan cogidos, con tanta mayor facilidad cuanto que el enemigo es también numeroso y prefiere cazar en sociedad. Al contemplar un escomberesocio y la forma de sus aletas pequeñas, aunque numerosas, no se comprende cómo puede efectuar los movimientos que ejecuta, si bien tiene un auxiliar muy poderoso y principal en su cola vigorosa y ancha. Este pez tiene la carne grasa semejante á la de la caballa, siendo por esto muy apreciado y pescado con afán.

Por lo que respecta á los exocetos, todos, lo mismo el volador (*Exocetus evolvans*) que el *E. exiliens* y el *E. Rondeletii*, pueblan los mares situados en la zona templada, y aun los de la tórrida, sobre todo el Océano, en número incalculable, y no solamente junto á las costas, sino lejos de ellas, de modo que puede decirse que

llenan todos los ámbitos del mar. Rara vez llegan á los mares septentrionales, y en las costas británicas sólo se han observado hasta hoy dos especies.

Todos ellos observan á poca diferencia el mismo género de vida, á juzgar por lo poco que se conoce, pues nada sabemos sobre su modo de nadar, su vida en el agua ni su reproducción; todos los datos que acerca de ellos tenemos se limitan en rigor á su vida en el aire, es decir, á su modo de volar, ó sea de cazar y de huir.

Es singular su costumbre de salir del agua. Cuando se penetra en los mares que habitan, se los ve alrededor del buque, en todas direcciones y hasta donde alcanza la vista, levantarse sobre el agua aquí, allá y acullá, ya uno, ya muchos á la vez, para bajar otra vez; y tan rápidas son estas ascensiones y descensos que parece que el mismo pez no hace más que tocar al agua para levantarse de nuevo y como para tomar nuevo impulso, cuando en realidad son otros los que saltan por encima de los que se ocultan otra vez en el agua; porque al observarlos con cuidado cuando vuelan á centenares ó á millares, como sucede con frecuencia, se ve que muchos de ellos vuelven á caer al agua después de dar un salto corto, mientras que los demás continúan su vuelo para bajar á su elemento á una distancia muchísimo mayor y variable.

Cuando vuelan con calma levántanse como á un metro sobre el mar, de modo que rasan las crestas de las pequeñas olas y caen á una distancia de seis metros; pero si quieren emplear todas sus fuerzas, levántanse también hasta seis metros, y describiendo un arco muy rebajado, atraviesan distancias de ciento hasta ciento veinte metros, y aun algo más en casos á la verdad excepcionales. Por lo regular vuelan en una dirección fija, pero pueden cambiarla, sólo que entonces caen en seguida al agua. En el aire llevan extendidas horizontalmente las aletas pectorales y abdominales, pero sin aletear como las aves. Humboldt asegura que, no obstante la velocidad del vuelo, puede muy bien distinguirse cómo el exoceto extiende y encoge alternativamente las aletas cuando salta ó vuela; pero Bennett dice que sólo extiende las pectorales y abdominales cuando se levanta, produciendo con este movimiento un ruido que se oye distintamente, y que una vez levantado el pez sólo tienen sus aletas un movimiento tembloroso; «pues si estos peces batiesen el aire con sus aletas, añade este observador, forzosamente lo habría visto yo cuando pasaban por la popa, como lo hacían con frecuencia.»

Sólo en último extremo varían de dirección durante el salto, como para evitar un choque contra algún objeto extraño, ó huir de algún ave de rapiña, porque entonces el esfuerzo que tienen que hacer con la cola les hace perder el equilibrio y caer al agua. Cuando quiere este pez describir curvas, procede de otra suerte: traza un polígono, ó mejor dicho, cambia á cada salto de dirección, dándolos cortos y sólo como de un metro de altura. Mientras no les amenaza peligro alguno, tienen los exocetos el vuelo muy seguro, tanto que en realidad se asemeja al de las aves; mas apenas se ven perseguidos ó espantados por algún buque, su salto adquiere un carácter irregular, rígido, torpe y como tembloroso, y entonces cae el pez más á menudo al agua, de la cual se vuelve á levantar para seguir adelante.

De lo expuesto se deduce que el vuelo es una parte integrante de la vida de estos peces, y que al igual de todos los animales ejercen ellos sus facultades naturales; pero tampoco es dudoso que empleen ante todo esta facultad tan extraordinaria para esquivar los peligros que más de cerca les amenazan.

Por grande que sea el cuidado y habilidad con que estos peces huyen durante el día de tropezar con buques, no dejan de caer á menudo de noche sobre la cubierta, atraídos probablemente por la luz de los faroles de á bordo; y tanto es así